

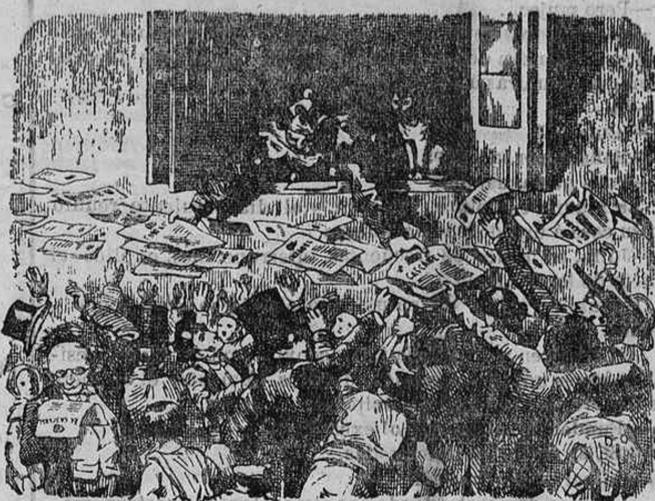


RECREO, MORALIDAD, INSTRUCCION.

PRECIOS.

MADRID.	
Tres meses.	9 rs.
Seis id.	16 »
Un año.	30 »
PROVINCIA.	
Tres meses.	10 rs.
Seis idem.	18 »
Un año.	34 »

NUMERO SUELTO, DOS CUARTOS.



LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

PRECIOS.

EXTRANJERO.	
Tres meses.	22 rs.
Seis id.	38 »
Un año.	74 »
Francia.— Pueden hacerse las suscripciones enviando á esta Administracion el importe en sellos franceses del correo.	
Se suscribe en la Habana: Propaganda literaria, calle de la Habana, núm. 100.	
AMERICA.	
Seis meses.	33 rs.
Un año.	70 »
FILIPINAS.	
Seis meses.	60 rs.
Un año.	100 »

DIRECCION Y ADMINISTRACION
Calle de las Hileras, núm. 4, bajo.

EL CASCABEL.

El programa, los principios y los fines de EL CASCABEL, se encierran simplemente en el propósito de ponérselo al gato.—Lo que fuere sonará.

COSAS DEL DIA.

—Vamos, Florencio, tú que has ido estos dias á las sesiones del Congreso, cuéntanos lo que ha pasado.

—Mucho me alegro de haber ido estos cuatro dias que no hemos tenido trabajo.

—¿Ha hablado Castelar?

—¡Vaya! y muy bien.

—Habrás dicho que la república federal es la que nos va á sacar de penas.

—Ha habido de la religion.

—¡Bah! bah! habrá dicho que los devotos son unos tumbantes.

—No, no ha dicho tal cosa, porque es un hombre de buena educacion, pero hablando mil primores del cristianismo, ha combatido al catolicismo... Y como habla tan bien, como encuentra tan fácilmente aquellas palabras tan bien aplicadas, y dice cosas tan bonitas, yo fui uno de los que mas aplaudian, y le hubiera abrazado de buena gana.

—¡Es mucho hombre!

—En cuanto nos diga que nos echemos á la calle allá vamos.

—No se trata de ese. Se trata de si ha de haber libertad de cultos ó no.

—Sí, sí, libertad de cultos.

—¡Toma! no faltaba mas que no la hubiera, despues de haber llevado yo la bandera aquella que decia: ¡Viva la libertad de cultos!

—En mi casa ya la he puesto yo, y el dia que sepa que mi mujer va á misa la rompo un alon.

—¡Hombre! no seas bruto, y perdona. Así no se entiende la libertad de cultos.

—Eso dice mi mujer, y que si me empeño en que no vaya á misa, me ha dicho que se va á ir con su madre, y á llevarse los chicos.

—A eso darás lugar con tu intolerancia.

—Es que yo soy liberal.

—Así hay muchos liberales como tú, que no quieren libertad mas que para ellos solos.

—Conque sigue contando...

—Pues señor, la tarde que oí á Castelar su magnífico discurso, sali encantado; ¡toma! como me propuse ir todos los dias de fiesta á la capilla protestante que hay en la calle de la Madera, donde estuvo aquel baile adonde íbamos hace doce ó catorce años.

—Sí, ya me acuerdo, allí conocí yo á mi mujer, que estaba sirviendo en la casa de enfrente, y por la noche, cuando sus amos se quedaban dormidos, se bajaba al baile...

—Pero amigos, fai la otra tarde al Congreso confiado en que volveria á hablar Castelar, y cuando entré en la tribuna me dijeron que no le tocaba, que iba á hablar un obispo.

—¡Anda, morena! Despues de oír á Castelar oír á un obispo.

—Estuve para marcharme, pero en fin, me quedé, porque todos decian allí que el obispo iba á hacer reír á todo el mundo.

—Es claro, mira tú, ¡ponerse á hablar un obispo en las Cortes!

—El chavó diria que debían quemar á los liberales.

—¡Hombre! no seas bruto, y perdona que te lo diga otra vez. El obispo empezó á hablar en medio del mas profundo silencio.

—Luego empezaria la broma.

—La broma ¿eh?... Aun quisiera estar oyéndole, aun quisiera estar viendo á aquel hombre tan grande, tan bueno...

—¡Chico, chico!

—¡A que le ha hecho neo?...

—No soy neo, pero el obispo me hizo sentir un grandísimo consuelo, sus palabras sonaban tan gratamente á mi oído que me parecia aquella una voz del cielo.

—¡Hombre, hombre!

—Era de ver á aquel hombre, que ocupaba tan elevado puesto, tan humilde, tan cariñoso, tan modesto, no queriendo imponer sus ideas, no hablando como enemigo sino como amigo, como hermano santísimo... A mí me hizo llorar.

—Pero ese obispo es un neo de tomó y domó.

—No tal, no es neo, es un sacerdote, un hombre de bien, un

católico sincero, un hombre de saber y de virtud, un hombre con un corazon de oro y que lo lleva en la mano...

—¡Cómo te entusiasmas!

—Y vosotros os hubierais entusiasmado si hubiéseis estado allí. ¡Con qué dulzura hablaba á los diputados! ¡con qué afecto se dirigia á los republicanos tan enemigos del clero! ¡ni una queja, ni una reconvenccion! Castelar sabe mucho, nadie lo duda, dice cosas que son muy buenas, no lo niego, pero que no todos las entienden; en cambio, el obispo se hace entender de todo el mundo, lo que él dice es indudablemente la verdad, puesto que está al alcance de todos. Y luego, Castelar no persuade mas que á los republicanos, porque para los republicanos es un oráculo, pero los que son sus enemigos en política, diga lo que quiera, siempre le miran como á un enemigo político; el obispo, hablando el lenguaje sencillo de la verdad, no como republicano, ni moderado, ni progresista, sino como un hombre ageno á la ambicion de gobernar, ageno á las pasiones políticas, encuentra eco en todos lados, porque sus ideas de caridad, de humildad, de amor al prójimo y de conciliacion, y su pura inquebrantable fé es un verdaderamente inspiradas por la religion verdadera, por la religion que nada tiene que ver con la política. En fin, yo no sé expresarme bien, yo no sé explicaros lo que quisiera, y solo os diré que ante Castelar me quito yo el sombrero admirando á un hombre que sabe mucho, pero ante el obispo me hincó de rodillas venerando en él á los discípulos de Cristo que fueron á predicar la buena doctrina, segun nos cuentan los libros. Bien impresas se me han quedado en la memoria algunas palabras que dijo el obispo. ¡Ojalá pudiera recordar todo su discurso!

—¿Cuáles?

—Diciendo que los españoles somos todos católicos, dijo: «Yo no veo que haya ninguno que no sea católico, por la misericordia de Dios, y si lo hubiera, yo le llamaria para atraerle, que tengo corazon y voluntad bastante para darle vida de mi vida y sangre de mi sangre, y daria cuanto soy para atraer al buen camino al extraviado.»—Esto lo aplaudieron todos los diputados. ¡Ya lo creo! el lenguaje de la fé, el de la verdad, el de la caridad halla siempre eco en todos los corazones que no son malvados, y los diputados son todos hombres de conciencia.

—De manera que te convenció el obispo.

—Sí señor, y salí á la calle para poder besarle la mano cuando salió del Congreso.

—¡Anda, anda! y la noche de la manifestacion contra el nuncio, querias hacer tantas atrocidades...

—Es que yo tengo corazon, y el obispo me recordó á mis padres tan buenos y cristianos, me recordó al cura de mi lugar que me enseñó á leer y á escribir, y que un año que hubo hambre se quedó por dar á los pobres hasta sin sotana; y en fin, que yo no quiero á los neos que hacen un arma de la religion para sus fines políticos, pero no puedo menos de venerar y amar á quien levanta la bandera del catolicismo sin mezcla de política y manifiesta tan buenas ideas y tan generosos sentimientos.

—De modo que ya no irás á la iglesia protestante de la calle de la Madera.

—No por cierto, yo no digo que haya ó no haya libertad de cultos; lo que digo es que no he de renegar de mi religion, que no he de perder mi fé, que no me quiero exponer á las confusiones de la duda, que no quiero dejar de ser católico, y no dejaré por eso de ser tan liberal como el primero y de salir, si á mano viene, á pelear con los que quieren traer el absolutismo.

—¿Y ese otro sacerdote que se llama Manterola?... ¿Le has oído?

—Sí, y me parece, en mis cortos alcances, que es un hombre que sabe mucho tambien, pero, no le quiere ofender, se me figura que no es tan ageno á la política como el señor obispo, y por eso es mas apasionado, menos sereno, menos humilde que el venerable prelado, y menos conciliador.

—¿Y qué deduces tú de todo eso que han dicho esos señores?...

—Hombre, yo no sé una palabra de nada, y bastante lo siento, pero creo que es muy delicada cuestion la religiosa, que las palabras del obispo han de hacer mucho efecto en toda España, y que el mejor medio de inutilizar á los que hacen de

la religion arma política para traer un rey y un sistema de gobierno que no convienen al país, seria no chocar violentamente con los sentimientos religiosos del país. En fin, los padres de la patria harán lo mejor; yo soy un ignorante, y no puedo decir otra cosa sino que tendria una pena inmensa si no creyeran en la fé y en la buena voluntad del obispo de Jaen, si oyesen indiferentes un discurso como el de ese señor.

—¿Qué hay de cosas, D. Manuel?

—No sé nada. ¿Qué rey viene?

—Todos los dias vienen los reyes á cada momento en las infinitas casas de juego que hay en Madrid. ¿Qué se dice de Directorio?

—A los unionistas no les gusta.

—A mí tampoco. Cada director echaba por su lado antes de un mes. Haga V. que gobiernen su casa, V., su mujer, su criada, su suegra, su primo y su abuelo, y verá V. lo que resulta.

—Tambien se habla de regencia trina.

—Bastante trina ya el país.

—Serian los regentes Serrano, Prim y Rivero.

—¿Y Olózaga se quedaba fuera?...

—Y Topete.

—¡Bah! ¡bah! ese es otro desatino. Esa trinidad estaria trinando siempre y haria trinar á todo el mundo.

—Serrano está cansado.

—Lo creo, y desengañado debe estar tambien.

—Topete disgustado.

—Ese es mal que tiene hoy todo español.

—Prim es el que parece mas animadito, pues tiene humor de divertirse en cacerías y banquetes.

—Siempre ha sido muy campechano, y no es extraño que desee esparcirse un poco, al cabo del tiempo que lleva sin descansar.

—¿Y los carlistas?

—Comprando boinas. Ya sabe V. que *El Imparcial* recibió el otro dia la noticia de que 9000 habian pasado revista en la frontera.

—Sí; solo se olvidó decir que para que no los vieran la pasaron en un subterráneo que han abierto en la frontera, donde están acuartelados los 9000 carlistas.

—Pues ellos se preparan.

—Eso lo creo, ¡pero hombre! por María Santísima, no exajerar las cosas. El mejor dia va á decir un periódico que 50.000 hombres, con Cabrera á la cabeza, y D. Carlos á la cola, se han presentado enfrente de Pozuelo, intimando la rendicion á la plaza, protegidos por una escuadra turca.

—Ello es que todo el mundo está deseando que la situacion se consolide.

—Pues todavía tiene V. que tener paciencia.

—Si los negocios no estuvieran tan mal, la tendria.

—Pues con que no la tenga V. no mejorarán.

—Eso es verdad.

—De manera que cuando no se puede remediar una cosa, entre desesperarse ó echarse á dormir, esto es lo mejor que puede hacerse.

—Eso habrá que hacer, echarnos á dormir.

—Y que no nos despierten á tiros.

DEL DICHO AL HECHO...

HISTORIA CONTEMPORANEA DE UNA CONSPIRACION FEMENINA.

El dia que llegó Prim á la corte resolvieron los estudiantes salir á esperar al bizarro caudillo formados y con lazos de colores.

Todos los que tenian novia, recibieron de sus manos el lazo consabido, y no necesitó explicar el entusiasmo con que las enamoradas jóvenes convirtieron en graciosos lazos las cintas de colores.

Uno de sus mayores deseos fue ver á los favorecidos ostentar el obsequio, y por eso acudieron en gran número las bellas madrileñas á saludar al marqués de los Castillejos.

Una de ellas, la protagonista de esta historia, á quien llama-

maré Julia, había ofrecido un lazo encarnado á su novio, estudianto de leyes.

Se lo entregó el día antes por la mañana, y el doncel quedó en ir á verla por la noche.

Hubo reunion de estudiantes; él capitaneaba una fraccion que perorar y se olvidó de la cita.

Al día siguiente logró Julia que su mamá la llevase á la puerta del Principal, y desde muy temprano se instalaron las dos, teniendo que aguardar muchas horas.

Pasaron los estudiantes para ir á recibir al caudillo, y el novio de Julia pasó á su lado sin reparar en ella.

Le llamó, volvió la cara, la reconoció, la saludó y prosiguió su camino dando un ¡viva la libertad! que fué repetido por todos sus camaradas.

En aquel momento tuvo Julia intenciones de hacerse reaccionaria.

—Pero, ¿has visto, mamá? exclamó: ha pasado á mi lado y no se ha detenido.

—Por no alterar la marcha.

—¡Es un ingrato!

—Sirve á la patria, y no es extraño que le preste mas atencion que á tí.

—Tambien nosotras debíamos servir á la patria.

—Ya lo hacemos.

—Y salir formadas á recibir á los generales.

—Bien se divertirían los periódicos con vosotras.

—Tanto mejor; ya es tiempo de destruir la esclavitud á que nos tienen condenadas los hombres.

—Pero, muchacha, ¿estás en tu juicio?

—Si señora, esto es una iniquidad. ¿No nos han dado los hombres el ejemplo sublevándose para conquistar sus perdidos derechos? Pues ¿por qué no imitarlos?

—Vamos... calla... calla... te has vuelto loca de fiño.

Trascurrieron cuatro horas, al cabo de las cuales volvieron á pasar los estudiantes.

El novio de Julia pasó á su lado arengando á sus camaradas.

—¡Valentin! ¡Valentin! gritó la jóven.

El novio no se dió por entendido.

Un segundo despues se desmayó Julia en los brazos de un voluntario.

La mamá se asustó.

La desmayada fué conducida al Principal.

Un estudiante recibió la orden de llamar á Valentin.

Valentin llegó.

—Mire V. su obra, dijo la mamá.

—¡Pobre Julia! ¿quién lo hubiera pensado?... Julia... bien mio...

La niña empezaba á volver en sí.

Su novio la pulsaba para convencerse de que vivía, y ella... se dejaba querer.

—¡Ahí está Prim! ¡ahí está Prim! gritaron los circunstantes.

Valentin se separó de pronto de su amada, se olvidó del peligro que corría y partió á capitanear su grupo.

La jóven desmayada se levantó de pronto.

—Vámonos, mamá, dijo; yo le aseguro que me las pagará.

Su repentina cura asombró á los circunstantes; pero la llegada del caudillo, su discurso, los vivas, las aclamaciones hicieron olvidar el episodio.

Al día siguiente logró Julia permiso de su mamá para pasar la tarde con una amiga suya, jóven, viuda y rica por añadidura.

—Tengo un pensamiento, le dijo.

—Veamos cuál.

—No se han unido los hombres, no se han coaligado para conquistar la libertad?

—Si por cierto.

—Pues hagamos nosotras otro tanto.

—Yo soy libre.

—Te lo figuras.

—Puedo salir y entrar.

—Pero en una entrada ó una salida, hallas una mirada masculina que te subyuga, y adios libertad.

—Segun eso, nuestro Gonzalez Brabo es el amor.

—¿Y crees que podremos vivir sin amor?

—Ya se ve que no, y yo admito el amor como dueño, no como esclavo.

—No te entiendo.

—Pondré un ejemplo. Figúrate que yo estoy en relaciones con un hombre, y que él me falta. No tengo mas remedio que sufrir en silencio. Ahora bien, si fuéramos libres, si estuviéramos emancipadas de las pícaras consideraciones sociales, del impertinente *qué dirán*, podríamos en el acto fijarnos en otro hombre, escribirle una declaracion, obtener el sí y vengarnos del pérfido.

—No sería malo eso.

—Sería excelente: otro ejemplo. Una mujer casada no puede hacer su santa voluntad porque depende de su marido. Con libertad no nos casaríamos sino despues de cerciorarnos de que el hombre elegido nos merecia, mientras que hoy, ó para salir solas, ó para tener quien administre nuestros bienes, ó nos provea de lo necesario, tenemos que casarnos con el primero que se presenta.

—Eres una revolucionaria.

—¡Ah! sí, créeme, la mujer libre dentro de su casa, debe ser nuestro bello ideal.

—Algunas amigas tengo yo, casadas y solteras, que aceptarían ese programa.

—Convoéalas y manos á la obra. Existe el derecho de reunion.

—Es cierto, y no ha de ser solo un derecho de los hombres.

—La política nos roba sus cuidados, que la política les robe los nuestros.

—¿Y qué haremos?

—Declarar guerra á los hombres.

—Pero mujer...

—Son nuestros opresores... nos creen débiles y es necesario que se convenzan de que cuando llega el caso somos fuertes.

—¿Con que, reunirás á tus amigas?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Mañana por la tarde.

—Pues hasta mañana.

La viudita cumplió su palabra, y al día siguiente reunió en su casa á una docena de amigas.

—Julia, en medio de frecuentes interrupciones, explicó el objeto de la reunion.

Unánimes gritos de entusiasmo acogieron sus proposiciones.

Aceptada en principio la idea, convinieron en que necesitaban hacer una gran propaganda para aumentar el número de mujeres ansiosas de emanciparse.

—¡Fundemos un periódico! exclamó una.

—¡Sí, sí, eso es! gritaron todas.

—Un periódico cuesta dinero.

—Algunas de nosotras podemos sisar algo á nuestros maridos.

—Yo daré lo que falte.

—¡Bravo! ¡bien!

—Si pero hay que escribir.

—Yo no sé.

—Ni yo.

—Eso es fácil: con coger los artículos de los otros periódicos y sustituir el pronombre *nosotros* con el de *nosotras* es negocio concluido.

—Nó, nó, es mejor escribir por cuenta propia.

—¿Qué escriba Julia!

—Sí, sí, que escriba.

—Nada de amor.

—Queda suprimida esa palabra.

—Yo escribiré, dijo Julia, pero imítadme todas; vamos á ensayar nuestras fuerzas; despues leeremos lo que escribamos y si nos gusta se publica.

—¿Yo escribiré contra los maridos! dijo una casada.

—Yo contra los novios.

—Yo demostraré que la mujer es la que debe tener el dinero.

—Yo probaré que sin ella no hay felicidad posible.

—Yo hablaré mal de los hombres en general, añadió la mas fea.

La viudita mandó á buscar papel y pluma y las conspiradoras se pusieron á escribir.

A los cinco minutos tiraron oche la pluma:

—No sabemos cómo empezar, dijeron.

—¡Pícaro ortografía! exclamó otra: yo sé que en este renglon faltan tres *haches* y no sé dónde colocarlas.

—Haya es con y, no con ll, dijo una corrigiendo á otra.

Al cabo de diez minutos todas abandonaron el papel.

—Yo escribiré en mi casa, dijo Julia, aquí no puedo.

—Nosotras buscaremos en algun libro párrafos á propósito.

—Sí, sí... eso es mejor.

—Pero antes de separarnos juremos todas guerra á los hombres.

—Sí, sí, guerra á los hombres.

—Las casadas deben prometer que no obedecerán á sus maridos.

—Lo ofrecemos.

—Las solteras reñir con sus novios.

—Sí, sí.

—Y las que no los tengan?

—Esas prometerán dar calabazas á los que se presente n.

—Dentro de cuatro dias volveremos á reunirnos aquí

—La que falte será traidora.

—Y perseguida por las demás.

Las conspiradoras se separaron.

Julia se fué con su criada.

No habia dado dos pasos cuando oyó pronunciar su nombre.

Volvió los ojos y vió á Valentin.

—Me alegro de este encuentro, le dijo. Iba á echar al correo esta carta para tí. No puedes imaginarte lo triste que he estado estos dias; pero ahora soy el hombre mas feliz de la tierra. Lee la carta y te convencerás.

Julia leyó lo siguiente:

«Me habrás culpado porque no te hice caso. Al separarme de tí, me acercaba. Te lo explicaré. Deseaba unirme á tí y no me era posible por el estado de mi fortuna. El deseo me hizo concebir el proyecto de capitanear á los estudiantes. Pronuncié un discurso que produjo mucho efecto. Al día siguiente pedí un destino; hoy me lo han dado, y ahora ya puedo decirte: Julia mia, nos casaremos cuando quieras.»

Cuatro dias despues se hallaban solas la viudita y la mas fea de las conspiradoras.

Poco á poco llegaron diez cartas. La mas notable era la de Julia:

«Siento en el alma decir á ustedes, habia escrito, que no puede formar parte de la asociacion. He reflexionado y veo que nuestra mayor felicidad es lo que llamamos esclavitud. —

Posdata: dentro de quince dias me case.»

Las casadas alegaban otros motivos para faltar al pacto.

Una criada dijo á la viuda:

—Ahí está el señor brigadier...

—Que pase... que pase al gabinete... por mi parte soy de la misma opinion de nuestras amigas, dijo á la fea.

—Pues yo nó, contestó esta, seré constante, tendré el valor de mis opiniones y no daré cuartel á los hombres...

—Hasta que encuentre V. uno que le ofrezca su mano, añado yo si ustedes no lo llevan á mal.

LAS TIENDAS.

Cajas y atahudes de gusto.—Hábitos para difuntos.—Especialidad en mortajitas para niños.

ELEGANCIA.—NOVEDAD.—ECONOMÍA.

—Tiene V. cajas hechas?

—Sí señor. V. dirá cómo la quiere.

—Una que sea buena.

—Esta es de las que ahora se usan.

—Demasiado lujo es, pero me han dicho que la tome buena... Como va á ir tanta gente al entierro... ¿Y cuánto es?

—Poco dinero, por ser para V.

—No, para mí no: yo no gasto tanto lujo.

—1,200 rs.

—¿Qué barbaridad!

—Repáre V. la madera; es la mas fuerte... Esta caja dura mucho...

—¡Hombre! aunque dure poco, el muerto no ha de venir por otra, me parece.

—¿Trae V. la medida del cuerpo?

—Sí, señor.

—Ni pintada: estará perfectamente.

—Sí, no creo que le haga ninguna arruga.

—¿Quién es el difunto, aunque sea mal preguntado?

—El marqués de la Trastienda.

—¡Ah! sí, un viejecito que pasaba todas las tardes por aquí... ¿Usted es empleado de su casa?

—Sí señor, ayuda de cámara de su sobrino, el conde de la Cebolleta.

—Por muchos años. El marqués era muy rico, ¿eh?..

—Sí, señor, y todo viene á parar á nosotros, digo á mi amo, pero algo me tocará á mí. Por eso queremos hacerle un entierro que no pueda quejarse.

—Eso está muy en el órden.

—Bastantes disgustos nos ha dado en vida, que nunca me queria dar dinero cuando le llevaba cartas de mi amo, pidiéndole algo, y... mas usureros le tengo buscados á mi amo.

—Ya tiene V. la caja limpia.

—Pues que la lleven á la calle de la Ballesta...

—Sí, ya sé.

—Y ahí van los 1,000 rs. pero V. no la ha dado menos de 1,200.

—Oiga V., yo no digo una cosa por otra.

—Bueno, bueno, por eso no hay nada perdido, la tomaré en otra parte.

—No, hombre, eso no. Por ser dinero de un difunto lo tolero...

—¡Toma! pues por eso mismo me atrevo yo...

—Ya sabe V. la casa; si se ofrece algo...

—Me parece que no, porque cuando se muera mi amo ya se habrá comido la fortuna de su tío, y la de cien tíos que tuviera, y le llevarán en la caja de la parroquia.

—¿Qué se le ofrece á V. señora?... ¿Está V. enferma?..

—No, señor, enferma, no, por que eso, estoy sin mi hija.

—¿Se la ha muerto á V. su hija?..

—Sí señor, mi hija, mi compañera, mi alegría, mi esperanza... Cinco años tenia... ¡Ay! ¡Dios mio! ¡yo no podía figurarme que mi hija pudiera morirse!.. El domingo, como el angelito estaba siempre en casa, mientras yo iba al río, la saqué á dar un paseito, y corrió por el campo, tan juguetona, tan alegre, y de pronto me dijo:—Mamá, yo me muero... ¡Pobre hija mia!.. cuando mas contenta estaba, cuando ya olvidaba todas mis penas, viéndola, una ráfaga de aire... me la mató. La cogí en brazos, la llevé á casa, y ya no podía hablar el angelito, y do' dias y dos noches la he tenido en mis brazos queriendo darle la vida con mis besos, y ella suspiraba, suspiraba... hasta que Dios la despenó.

—Vamos, señora, consuélese V...

—¡Ah! ¿por qué Dios no me ha llevado con ella?... ¡Qué horrible es ver morir á un niño!.. Parece como que sufre mas que una persona mayor. ¡Hija mia! ya me he quedado sola en el mundo.

—¿No tenia padre la niña?

—Sí señor, pero su padre, su padre nos abandonó hace dos años, dejándonos en la miseria.

—¿Qué infame!

—Dios lo ha querido...

—¿Y qué desea V?..

—Hay que enterrar á mi hija. Yo quiero que tenga su cajita, suya, suya, no esa en que llevan de limosna á todos los niños pobres... Es una vanidad que no debe tenerla una pobre, pero me espanta que vayan á tirar á mi hija al hoyo... ¡Pobrecita! se me figura que van á hacerla daño.

—Ya le daré á V. una caja...

—Sí, pero... no puedo pagársela á V. de una vez, yo se la pagaré á V. dándole una peseta cada semana, quiere decir que pasaré de cada siete dias una sin comer; no es mucho sacrificio por mi hija...

—Señora, yo quisiera...

—Es una vanidad, ya lo conozco, pero ¿qué culpa es la mia para no poder dar á mi hija siquiera una sepultura?..

—Pero la sepultura cuesta dinero.

—¡Ah! ya lo sé, hay que pagar en el mundo hasta el puñado de tierra que le echan á uno encima; pero entre los vecinos, todos tan pobres como yo, me la pagan...

—¿Sí?... pues ahí tiene V. una caja, buena mujer, y no me debe V. nada por ella...

—¡Dios mio, qué bondad!.. Pobre hija mia, ella rogará en el cielo por V.; ¡por V. no estará abandonada la pobrecita en la muerte!..

—Bueno, bueno, llévase V. la caja, y... tome V., tome usted, buena mujer, tome V. una corona de azucenas, y una mortajita para su hija.

—¡Oh! gracias, alma buena. ¡Ay! ya no temo que mi hija descanse esta noche en el hoyo, ya no caerá sobre su cuerpo la nieve y la lluvia, ya no la devorarán las aves de rapiña, y sabré en qué sitio está enterrada y podré ir todos los domingos á rezar, á acompañarla. Perdone V. y déjeme V. besarle la mano.

—¡Vaya! señora, no es para tanto; V. me hace á mí mayor beneficio que yo á V.; porque por V. no he perdido hoy el día, que día perdido es el en que no se hace una buena acción, como dice un libro que yo he leído.

—Maestro.

—¿Qué te se ofrece, vecina?

—¡Jesús! tiene V. un comercio... Ya podía V. tener las cajas dentro.

—No ves que tiene que verlas el público para que sepa que aquí hay buen género?

—¡Vaya! no me casaba yo con V. por nada de este mundo. ¿Qué miedo! estar todo el día entre cajas de muerto.

—Pues ya ves qué gordo estoy.

—Yo me moriría de miedo... y siempre estaría pensando en que mi marido, un día que se incomodase, sería capaz de meterme en una caja... aunque puede que le metiera yo á él antes las tijeras por la boca... En fin, ni V. se ha de casar conmigo ni ese es el camino.

—Por mí no habría inconveniente, estoy viudo por tercera vez.

—Es claro, se le morirán á V. de miedo las mujeres... Pues me tiene V. que hacer una caja.

—¿Para tí?

—No señor, yo no he pensado en morirme.

—¿Se ha muerto tu ama?...

—Poco menos.

—¿O su marido?...

—Eso quisiera él para descansar y perder de vista á su mujer.

—Pues ¿quién se ha muerto?

—Aurora.

—¿El ama de cría?

—No señor, la perrita.

—¡Hombre! ¡aquella chiquitilla que siempre la llevaba tu ama en brazos?

—Esa misma, ha muerto de un atracon de bizcochos, y quiere mi ama que le haga V. un cajoncito cuadrado, forrado de seda azul, y con un letrero que diga ¡Aurora! Mañana quiere la señora que vayamos á enterrarla en lo reservado del Retiro.

—¡Lástima de animalito!

—Mas valia que tirase la perra al carro de la basura, y diese á los pobres lo que le ha de costar el cajon.

—Dile que por ser para ella, tres duros, y que la acompañe en el sentimiento.

—Está como loca por la muerte de la perra; su marido la ha querido consolar, y le ha pegado un arañazo que por poco le saca un ojo entre las uñas. Ahora se quedaba envolviendo á la perra en un pañuelo empapado en agua de colonia. Si se muriese su marido, puede que no hiciera tantos extremos.

—Hay que respetar los caprichos de todo el mundo.

—¡Toma! á V. no le vendría mal que se hicieran cajas hasta para los borricos.

—Ya lo creo; sería una cosa muy decente.

—¿Qué tal vamos, don Manuel? ¿Se vende mucho?

—Así, así.

—¿Se muere mucha gente este año?

—Párvulos mueren bastantes; hoy he vendido veinte cajas. El garrotillo hace prodigios.

—¿Y personas mayores?...

—Mire V., personas mayores se mueren tambien bastantes, pero sobre todo pobres, de los que no llevan caja.

—¿No cae ningun pájaro gordo?

—Pocos, no hay un embalsamado para un remedio, de esos que llevan tres cajas, y luego, como falta tanta gente rica de Madrid... Pero, en fin, no me puedo quejar; todos los días vendo algo, no como cuando había cólera, ó mandaban los moderados, que se moría la gente de miedo, pero ya uno saliendo... Hoy he vendido una caja para el marqués de la Trastienda, que tenía ya lo menos noventa años... El hombre no ha querido morirse hasta que ya no ha tenido otro remedio.

CASCABELES.

Cuatro meses hace que no perciben un real de sus haberes los retirados y demás clases pasivas de Valladolid.

Esta semana se ha visto transitar por las calles de aquella capital á un veterano oficial, lleno de cicatrices, implorando la caridad pública.

Al paso que vamos, no serán solas las clases pasivas de las provincias las que tengan que pedir limosna; todos tendremos que echarnos á la calle á pedir á los ministros, á los directores, secretarios y demás empleados de Madrid, que serán los únicos que tendrán algun ochavo que dar.

El otro día corría un señor del orden público detrás de un pobre, con el revolver en la mano.

Pues señor, en seguida echan mano del revolver.

Mucho sentimos que al señor ministro de Hacienda se le hayan pasado ya las ganas de retirarse á la vida privada, que dicen que tenía antes de que se abrieran las Cortes.

Quisieramos que dicho señor hubiera sido candidato al trono, porque en este caso ya se habría retirado, despues del abrupto portugués.

En el próximo número contestaremos á nuestro colega El Oiro, sobre las preguntas que nos hace.

Todavía hay entre los politicones quien cree que es fácil la union inmediata de España y Portugal.

Te veo, besugo.

A estos politicos se les mete una idea en la cabeza, y aunque sea un desatino y todo el mundo lo diga así, y además sea irrealizable, no por eso desisten de su empeño.

Se consideran infalibles y con derecho á imponer su voluntad á una nacion, ó á dos naciones ó á todo el mundo.

La Gaceta de Italia ha publicado un artículo muy curioso, como que su objeto es defender al rey Víctor Manuel de la calificación de amante del bello sexo.

Lo que yo veo es que los reyes, por punto general, son unos Tenorios, y no quiero decir nada de las señoras.

D. Fernando de Portugal, ya se sabe.

El rey Víctor Manuel, es aficionado á las faldas como ninguno.

El principe de Gales, durante la exposicion de París, dió mucho que hablar con sus aventuras y excursiones.

El Czar, tambien salió de sus casillas en París.

El virey de Egipto ha llevado á su córte una compañía cómica francesa, y á las actrices las obsequia de un modo muy significativo.

Vamos, que á sus majestades les gusta lo bueno.

El domingo hay una gran reunion proteccionista en el circo de Price. Se lo participamos á cuantas personas viven en Madrid de la industria y del trabajo.

Hemos visto elogiado por El Angel del Hogar y otros muchos periódicos el sin rival Aceite de Abrótano que hoy anunciamos. Lo recomendamos á todos.

Es cierto que en Granada existe una guardia municipal, que despues de cierta hora de la noche da el «quién vive» á los transeuntes, y les hace gritar: «Viva la república».

Esta debe ser una broma de algun periódico, porque no se comprende que las autoridades y el pueblo toleren ese abuso de la libertad.

El Museo universal, que ahora está á cargo del inteligente editor D. Abelardo de Carlos, ha mejorado notablemente, ofreciendo mucho interés su lectura y sus grabados.

Imp. de El Cascabel, á cargo de Diego Valero, Hileras, 4.

director y otras encargado de negocios ó consejero de Estado.

Y cada vez se convenia mas de que el pintor no la convenia.

Asistia á aquella casa un señor ya maduro, gran personaje, solteron recalcitrante, victorioso de profesion, desvergonzado por temperamento yateo por naturaleza, que además de ser persona muy influyente en la politica, ex-ministro, condecorado con todas las cruces de Europa, conde, por no sé que servicios, y árca de Roma y miembro de todas las academias del mundo, tenía una fortuna colosal.

Este hombre extragado por todos los vicios, era incasable. Muchas mujeres, seducidas por su posicion y por su fortuna, le habian puesto los puntos, y él siempre se habia dejado querer, pero en cuanto se tocaba al punto del casamiento, se llamaba andana; para él no habia ninguna mujer buena, y á ninguna creia digna de llamarla su esposa, siendo asi que demasiado favor le habia de hacer la que se cargase con aquel marido viejo, feo, vicioso y desvergonzado.

Era un viejo repugnante.

En todas partes se le recibia bien; nadie tenía secretos para él, y las mujeres mas bellas le festejaban y le adulaban, y le contaban sus mas intimos pensamientos.

Conde de nuevo cuño, nadie le llamaba conde, ni él se pagaba mucho de su titulo.

Le gustaba mas que le llamasen por su nombre.

Le llamaban Tomasito Meco.

Tomasito Meco le habian llamado sus amigos en la juventud y Tomasito Meco se habia quedado para toda su vida.

En este Tomasito Meco puso los ojos y la intencion la huérfana, que cada vez se afirmaba mas y mas en la idea de que su compañero de la infancia no podia hacerla feliz.

Y asi era en efecto; á aquella mujer no podia hacerla feliz un jóven pobre, bueno, honrado, trabajador y enamorado, como ella tampoco le hubiera hecho feliz.

La huérfana se propuso conquistar á Tomasito Meco, y se propuso todavia mas, se propuso conquistarle con buen fin, para casarse con él.

de ningun modo que tal cosa sucediera.

Era ingrata; podia haber desengañado á su compañero de la infancia, y este hubiera sido feliz.

En Italia habia dejado sumida en el mas profundo dolor á la mujer que habia comprendido la nobleza de su alma, á la que le amaba sobre todas las cosas de este mundo, á la que estaba resignada ya á la muerte, y la esperaba como un consuelo, porque para ella no habia ya otra felicidad que morir por él.

La madre del pintor quiso hacer algunas reflexiones á la jóven huérfana acerca de su extraordinaria aficcion al lujo y al boato, pero todas fueron desoidas, y cada vez aumentaban los caprichos que la mal aconsejada queria satisfacer, y esta satisfaccion costaba á la buena señora mas de lo que podia gastar en su modesta posicion.

Tenia un capital, cuya renta aseguraba su subsistencia decorosamente, y aseguraria la de su hijo, pero gastando sin medida, como la obligaba la vanidad de la que debia ser esposa de su hijo, el capital y la renta tenían que disminuir.

Llegó una desgracia fatal é inesperada.

El banquero que tenia en depósito la fortuna de aquella señora quebró, dejando arruinadas á infinidad de familias que habian confiado en su general reputacion de probidad, y la madre y el hijo vinieron á quedar, por esta circunstancia, sin recurso alguno.

Diéronse pases, intervino la justicia en el asunto, se dijo que el banquero estaba en negociaciones para rehacer su fortuna, y pagar religiosamente á sus acreedores, y la cariñosa madre, consolada por la esperanza natural en una mujer tan buena como ella y tan ignorante de las jugarretas de los hombres llamados de negocios, esperó confiada y no quiso dar á su hijo la tremenda noticia de la pérdida de su fortuna.

Hubiera sido como obligarle á regresar antes del tiempo fijado para sus adelantos en su hermosa profesion, y aquella madre era demasiado amante de su hijo para darle de improviso tan cruel golpe.

—Acaso cuando vuelva, se decia la buena señora, habré yo podido recobrar mi fortuna. Ese hombre, ese banquero hará todos los es-

fuerzos por cumplir con sus acreedores. No puede menos de hacerlo así. El vive con lujo, él tiene coches, criados, él vive como antes, no es posible que mire con indiferencia que las personas honradas que le confiaron sus intereses, su porvenir, quedan en la miseria.

Ya puede comprender el lector por este modo de discurrir de la buena señora, que ésta no conocia el mundo ni por el forro, no sabia que hay personas que así les importa la ruina de los demás como la carabina de Ambrosio, y que saben dar las apariencias que les convienen á lo que suele ser una gran estafa, un gran crimen.

Un pobre cesante que, para una necesidad imperiosa, firma á un usurero una escritura de depósito, podrá, si al vencimiento no puede pagar, ir á la cárcel acusado por el usurero de estafador: un gran agiotista, un magnifico y fastuoso señor que compromete el porvenir de cien familias honradas, que pierde á huérfanos inocentes, ó abusa de un industrial probo y confiado, logrará evitar toda responsabilidad material, y acaso distrute placentera y opulenta vida en un país extranjero, mientras sus acreedores se mueren de hambre ó piden limosna.

En España hemos tenido infinidad de sociedades de crédito, con sus consejos de vigilancia compuestos de grandes señores, y sus directores rebosando vanidad y asombrando al mundo con su lujo, y... por ahí andan las infinitas victimas de todos esos lios, asombradas de que todo aquel boato se haya convertido en aire, y no les haya quedado mas que algunas papeletas muy bien litografiadas con muchas firmas, muchos mercurios y otras alegorias, muchas tomas de razon, que todas se encierran en una toma general del dinero ageno, y cuyos papeles para maldita la cosa les sirven, como no sea para ponerlos en un cuadro y conservarlos como recuerdo de familia y ejemplo y aviso de sus descendientes.

Conforme avanza la humanidad en su magistosa marcha, ejerce mayor influencia el dinero, y es mayor el deseo de adquirirlo, solo que como el dinero no se reparte por igual entre los mortales, y hay muchos que

CURACION DE LAS CALENTURAS INTERMITENTES POR MEDIO DEL JARABE DE EUCALIPTO, (Eucalyptus globulus.) PREPARADO POR EL DOCTOR SIMON.

Desde Julio del año pasado en que dimos á luz el prospecto relativo á las propiedades medicinales de las hojas del Eucalipto, y en particular del Jarabe que con ellas confeccionamos, hanse obtenido con este último un sin fin de curaciones de calenturas periódicas, de las cuales, una gran parte habian resistido á los antitípicos mas poderosos. La accion curativa, pues, de este medicamento, puede desde ahora considerarse como la mas poderosa, teniendo sobre la quinina adamas de dicha ventaja la de que no produce irritaciones en el tubo intestinal, ni los trastornos que á ellas son consiguientes, y que sus dosis pueden propinarse en cualquier período de la accesion.

El *Elixir de Eucalipto*, de un gusto agradable, se usa generalmente como preservativo de las calenturas, en aquellas comarcas ó sitios, donde suele desarrollarse esta enfermedad; y tanto el como el Jarabe se venden con la instruccion correspondiente al precio de 12 rs. frasco en el laboratorio del autor, calle del Caballero de Gracia, núm. 3, Madrid, donde podrán dirigirse sus pedidos al por mayor los demas señores Farmacéuticos.

RECOMENDADO POR «EL ÁNGEL DEL HOGAR.»

ACEITE DE ABROTANO (Abrotanum).

Con su uso, nace, crece y se conserva el cabello y la barba. Recomendado por todos los higienistas españoles y extranjeros.

Precio: 5, 7 y 10 rs. frasco á el que acompaña la *Resena histórico-higiénica del cabello y de la barba*.

Punto de venta en Madrid, Carretas, 31.—Los pedidos por mayor á los Sres. Chaveco y Valero, Carmen 81, Málaga.—Grandes rebajas á los que compren por mayor.

LABORATORIO Y OFICINA DE FARMACIA DEL DOCTOR D. JOSÉ SIMON.

ESENCIA Ó EXTRACTO DE ZARZAPARRILLA.

El objeto de este producto farmacéutico, es proporcionar en un volumen muy reducido una gran cantidad de los principios atemperantes y depurativos de la zarzaparrilla y demas leños medicinales que entran en su composición. Treinta gotas de la esencia, disueltas en medio cuartillo de agua, son suficientes para formar en el instante un vaso de la tisana, evitándose por este medio el hacerla al fuego, operacion engorrosa, que pocos saben hacer debidamente; y sobre todo el tener que beber aguas cocidas, origen frecuente de indigestiones y de pesadez en el estómago. Es un excelente atemperante; y, ademas de emplearse contra la sífilis, las herpes y demas erupciones cutáneas, la usan va en el dia hasta las personas mas sanas, para aceptar la fuerza ó crasitud de la sangre.

Los frasquitos, por su figura y tamaño, pueden llevarse en el bolsillo del chaleco, y cada uno contiene extracto suficiente para hacer veinte vasos de agua de tarza. El precio de cada frasco es de 10 reales vellón. A las personas de provincias que hagan sus pedidos desde veinte y cinco francos para arriba, se les mandarán francos de porte y embalaje. Los señores farmacéuticos que no tuvieran aui en sus oficinas depósito de este producto, podrán dirigirse al referido laboratorio del Doctor D. José Simon, EN MADRID, CALLE DEL CABALLERO DE GRACIA, 3.

POLVOS Y PASTILLAS AMERICANAS DEL DOCTOR PATERSON.



Hace quince años que los médicos franceses y extranjeros están unánimes en la superioridad de estos productos, sobre todos los remedios conocidos para la pronta curacion de los males de estómago, falta de apetito, acidez, digestiones penosas, etc. (Véanse la Revista Médica, francesa y extranjera, la Abeja Médica, la Revista Terapéutica, y la Gaceta de los Hospitales.)

Depósitos, París, rue Réaumur, 43, Lyon, rue de la Emperatriz, 9, y en las mejores farmacias de Francia.

Depósito general para España, laboratorio del Doctor Simon, calle del Caballero de Gracia, núm. 3, donde podrán dirigirse sus pedidos al por mayor los demas señores farmacéuticos.

FARMACIA DE BOGGIO.

11, rue neuve des Petits Champs, Paris.

- Kouste de Boggio contra la solitaria, único aprobado. Precio en España, el frasco. 20 rs.
 - Sinapismos inalterables hasta en la mar, la hoja para cuatro sinapismos. 8
 - Bombones vermífugos contra las lombrices intestinales, el frasco. 10
 - Tafetan francés para cortaduras, llagas, etc., el estuche 10 rs. el librito. 4
 - Burina de mostaza inalterable hasta en el mar, el bote. 9
 - Harina de linaza inalterable hasta en el mar, el bote. 9
- Estos dos últimos productos, así como los sinapismos, tienen la inmensa propiedad de reproducir con muy poca cantidad su accion casi instantáneamente y con mucha energía.
- Depósito general en España, laboratorio del Doctor Simon, calle del Caballero de Gracia, núm. 3.

AGUA DE COLONIA.

Se vende á 8 rs. el frasco en el laboratorio, Caballero de Gracia, núm. 3.



DE CH. FAVROT

Único poseedor de las Formulas auténticas.

Para evitar las falsificaciones, exíjase el nombre y firma:

CH. FAVROT

Farme, 103, rue Richelieu, Paris.

Precio en España: Inyeccion 15 rs. Capsulas 22 rs.—Depositos en Madrid en todas las farmacias y en laboratorio del doctor Simon, calle del Caballero de Gracia, 3.



NUEVO ALMACEN

DE ACEITE DE BELLOTAS DEL MISMO INVENTOR, Calle de las Tres Cruces, 1, principal; frente al Pasaje de Murga.

Precio: 6, 12, 18 rs. frasco, y por mayor 25 por 100 de descuento.

Los cálculos que presidieron al montar hace seis años la fábrica y establecimiento de venta en Madrid de este célebre, higiénico y medicinal descubrimiento para lustrar, hermosear, desentredar el cabello, contener la caída, hacer nacer el perdido, ocultar y precaver las cañas y otros usos internos y externos, como cosmético, y como medicamento, que mas de 200 periódicos han recomendado, fueron excesivamente mezquinos, respecto á las colosales proporciones de desarrollo que ha tomado en España, en el Extranjero, las Américas, la China y la India.

Para satisfacer todas las necesidades en un momento dado, hemos montado un gran almacén por mayor y menor, con un surtido constante de un millón de frascos, en la calle de las Tres Cruces, núm. 1, cuarto principal, frente al Pasaje de la calle de la Montera (con cinco balcones de fachada). Los pedidos desde hoy, por mayor y menor, se dirigirán á esta casa y no á la de Jardines, 3, como se hacia anteriormente.

El inventor L. de Brea y Moreno, proveedor de todo el Atlas, y depositario universal. Depósitos generales para la China y las Indias, Botica del Dr. Kuhnelt; para todas las Américas, en la Habana, Sr. Matas, Obispo 81; para Europa, pasaje Hauffroy, Paris, y en 500 depósitos: parciales, de droguerías, perfumerías y farmacias.

APROBACION DE LA ACADEMIA DE MEDICINA DE PARIS



Farmacéutico laureado por la Academia

El tratamiento de las afecciones cloróticas, linfáticas ó escrofulosas es siempre lento, y estas enfermedades resisten frecuentemente á las preparaciones ferruginosas ordinarias. Las investigaciones de los profesores Hannon, de Bruselas, Gensoul y Petrequin, de Lyon, y Berzelius y Trousseau, de Paris, han demostrado que la causa de esa tenacidad consiste en la ausencia completa del manganeso, elemento que debe siempre hallarse en la sangre en union del hierro. Las citadas píldoras vienen, pues, á llenar en la terapéutica un importante vacío, y este es el motivo por el cual han merecido la aprobación de la Academia de medicina y de las principales corporaciones medicas. Se emplean con éxito seguro contra los colores pálidos, los dolores de estómago, el empobrecimiento de la sangre y la irregularidad de la menstruacion, y son preferibles á las píldoras de hierro simple, sobre todo, en las afecciones anémicas, escrofulosas, cancerosas ó de naturaleza sífilítica.—Depósitos en Madrid, J. Simon, Borrell hermanos, Ultramar, Moreno Miguel, farmacéuticos.

no se contentan con el que les toca en suerte, nace en no pocos cerebros la idea salvadora de tener el dinero de los demás, y como el medio que se llama robar es ya muy antiguo y siempre ha puesto á quien lo ha usado en camino de presidio, se ha dejado este medio á la gente vulgar, y para no confundirse con esta, se ha aguzado el ingenio, y se han ideado mil maneras de quedarse con lo ajeno, que, si no es robar es una cosa muy parecida, y como el número de los tontos es infinito, resulta que, por regla general, el que se propone explotar la buena fé, consigue casi siempre su objeto, y evita las consecuencias legales, como no se descuide mucho.

De todo esto tiene la culpa ese encantador halago que se llama el interés. En otros tiempos, nuestros abuelos (el miono, á juzgar por mi pobreza), llenaban las ollas de onzas y las enterraban; ahora el capital se pone á interés, y cuanto mas crecido es este mejor negocio se cree hacer; lo malo es que cuanto mas interés se busca, mas probabilidades hay de no cobrar ninguno.

Pero volvamos á nuestra narracion. Aquel terrible contratiempo hizo mucho mas efecto en la huérfana que en la verdadera dueña de la fortuna perdida. Comprendía que en aquella situacion era forzoso renunciar al lujo, á los saraos, á los teatros y aun á los paseos.

La huérfana no se hacia las ilusiones que la buena madre.

Estaba persuadida de que esta y su hijo, y ella, por consiguiente, habian quedado sin fortuna.

Tenia que renunciar á la vida de la sociedad, á los triunfos de los salones, á la admiracion de los hombres mas distinguidos y á la envidia de las mujeres hermosas, que tal es la condicion de la mujer alguna vez que se complace en excitar odios, y esto satisface su vanidad mas aún que la adoracion.

Ella juzgaba por el suyo el corazon de los demás, y suponía que todos aquellos á quienes habia eclipsado con su hermosura y su elegancia se regocijarían de que la traicionada fortuna la hubiese venido á abatir, y la mirarian con lástima, mucho mas humillante y

penosa para ella que el odio mas implacable ó la mas alevosa envidia.

En vez de consolar y animar ella á la que habia sido su protectora, á la que, sino la habia dado la vida, la habia salvado de la muerte, la anciana era la que intentaba muchas veces persuadirle de que su hijo, con su talento, sabria ganar honradamente el dinero para los dos, y que pudiendo pasar hasta su regreso con lo poco que habia podido salvar, nada tendrían que temer por el porvenir, y era tal la bondad de aquella bendita mujer, que no se le ocurrió echar en cara á su protegida la ingratitud patente que demostraba á tantos beneficios recibidos; su actitud despues de aquella desgracia, que solo debia haber sido lamentable para ella por cuanto recaía sobre las personas únicas á quienes debía amor y respeto.

La ingratitud es una terrible enfermedad moral.

Nada bueno espere nadie de un alma ingrata.

El ingrato debe vivir muy triste, porque es triste cosa carecer de ese sentimiento tan consolador, tan dulce, tan simpático, tan noble y digno, de ese sentimiento que obliga á las mas bellas acciones, á los mas sublimes sacrificios, que se llama la gratitud, y que es tan bueno inspirarlo, pero es mejor sentirlo.

La ingratitud solo entre los hombres se encuentra.

Los animales son agradecidos siempre, conocen cuando se les ama y se les cuida, se alegran en presencia de quien les alimenta y les acaricia, y los mas fieros é indomables, aun entre los fierros de una prision que les irrita y les humilla, sienten agradecimiento al hombre que todos los dias les arroja el alimento dentro de una jaula, y conocen que, en medio de su esclavitud, de su desgracia, deben favor á aquel hombre.

Pero solo el corazon de los seres racionales es capaz de esa esterilidad de sentimientos, de esas espantosas decepciones.

La huérfana habia nacido con uno de esos corazones que laten, porque esa es su mision en la vida; pero que son ajenos á los nobles impulsos, á los bellos sentimientos, que accionan al hombre á su semejanza con el Creador.

En los salones, la huérfana habia adquirido algunas amigas, y como la madre, despues de aquel terrible golpe, habia decidido permanecer retirada en su casa, ella decidió prescindir de la anciana, y continuar frecuentando la sociedad en compañía de amigas suyas y de aquella señora, no pudiendo resignarse, como debia, á acompañar y consolar á la que además de su protectora era la madre de su prometido.

¿Y qué habia de hacer la anciana?

¿Habia de obligar á estar con ella á la que no gustaba de su compañía?

¿Habia de poder cambiar en amor y agradecimiento la indiferencia y la ingratitud de aquel insensible y egoista corazon?

—¡Ah! exclamaba muchas veces la anciana, dos golpes le esperan á mi hijo cuando vuelva; ¡ojalá! no fuese mas que el de la perdida de su fortuna! ¡No le haria este golpe tanto daño como le hará el que le prepara la que él juzga su enamorada prometida!

Y mientras la huérfana iba á divertirse con sus amigas, la noble anciana quedaba sola, y pasaba las noches sin descanso, pensando en su hijo, abrumada por la duda de recuperar su fortuna, contando en la memoria el dinero que le quedaba, calculando si tendria bastante hasta la época del regreso de su hijo, y llorando la ingratitud de aquella hija sin padres, que Dios le habia dado y que acaso estaba destinada á hacer su desgracia, y sobre todo la de su hijo.

Una de las casas que mas frecuentaba la huérfana era la de una Doña Dolores Rascafría, viuda muy verde de un rico comerciante cubano, mujer muy intrigante, gran casamentera y amiga de meterse en vidas ajenas, conocedora de todo el mundo, célebre por sus muchas aventuras galantes y muy festejada por la buena sociedad, como que en su casa se cenaba muy bien, y se reunian muchos hombres políticos y muchas mujeres de esas corronetas y pizpiretas que se divierten en la murmuracion y la maldicia, y que con una conversacion agradable y chispeante cautivan la atencion de los hombres que con ellas pueden hablar, sin salir de los límites de la conveniencia, con mas expansion, con mas li-

bertad, con mas franqueza que con niñas inespertas y asustadizas.

Eran aquellas señoras, en su mayor parte casadas, un poco olvidadas por sus maridos, engolfadas en el revuelto mar de la politica y los negocios, viudas con buenas pensiones, y solteronas que ya empezaban á perder las esperanzas de engañar á nadie. Allí se hablaba, se bailaba, se hacian comedias, se cantaban coros, se presentaban cuadros vivos, con el debido decoro por supuesto, en Cuaresma se organizaba un *Stabat mater*, y en Carnaval se daba algun baile de trajes, se jugaba un poquito, y se desollaba á todo bicho viviente, no en el juego sino en la conversacion, sacando á relucir los trapos del mas limpio, y comentando todos los sucesos que tenian lugar en la buena sociedad, como, por ejemplo, el casamiento del artillero con la marquesa, madre de la primitiva novia del artillero, la resolucion de la novia de entrar monja desolada, la salida del ministerio del general Z., y la entrada del duque del Pico verde, que era el mejor mozo de Madrid, los saludos de la reina en el teatro á la mujert del director de Ingenieros, la separacion amistosa del americano R... y de su mujer, que era hija de una esclava, la jugada de Bolsa del banquero X., que habia hecho perder al gobierno una negociacion preparada con el mayor sigilo, y otros mil y mil acontecimientos, que son la comida diaria de los salones por el estilo de los de doña Dolores Rascafría.

En tan buena sociedad, la huérfana, que no tenia nada de tonta, aprendió mucho, y la idea que mas se arraigó en su mente fué la de que una mujer sin mucho dinero no puede gozar de las delicias del buen tono.

Ella no tenia nada.

El pintor no traeria mucho, y luego la pintura en España no hace rico á nadie.

El que se dedica á vender, puede aspirar á la riqueza, puede llegar si le sopla la fortuna, á ministro de Hacienda, á título de Castilla.

Un pintor puede aspirar á morir de hambre, á no ser que sea muy notable, en cuyo caso apenas ganará lo que un político chambron, que unas veces es gobernador, otras